

EL ANTICOMUNISMO MILLENNIAL

2019-10-08



Kultura

PAUL BEITIA

Últimamente el tiempo pasa deprisa. Octubre ha llegado antes de habernos dado cuenta. Ya ha pasado un mes desde que el curso empezó para la militancia estudiantil, pero aun así me parece pertinente volver a hablar sobre las primeras semanas del curso. Para nosotras, que hemos vuelto a Bilbao desde nuestros pueblos y ciudades donde hemos vivido y militado durante el verano, ha sido un duro golpe volver a recordar que seguimos sin la egoitza de la calle Ronda: no tenemos un espacio propio para llevar a cabo nuestro trabajo político.

Puede que la mayoría de los lectores estén ya familiarizados con el conflicto de la egoitza, pero no creo que esté de sobra recordarlo de nuevo aquí. Durante décadas, la sede de la calle Ronda ha sido (y sigue siendo todavía) una infraestructura imprescindible para una organización como Ikasle Abertzaleak, que asegura su supervivencia económica únicamente gracias a la fuerza de su militancia, como para diferentes grupos autoorganizados en el ámbito estudiantil. Desde su adquisición, el espacio está registrado a nombre de la asociación Euskal Ikasleen Erakundea y, por consiguiente, es esa asociación quien tiene la responsabilidad de gestionarlo. Para que quede bien claro: la directiva de la asociación la han formado durante años militantes del Ikasle Abertzaleak. A principios del curso anterior, el partido Sortu nos ordenó que abandonásemos la egoitza: seguidamente, supimos que cambiaron a su conveniencia la anterior directiva por tres de sus militantes. A escondidas. Con esas actividades claramente irregulares e inaceptables buscan asestarnos un golpe político, y es por ello que evitan el procedimiento correcto: que solamente puede ser, como bien indica Ander Goiatxe en su artículo de colaboración en este mismo medio, la dimisión de los antiguos miembros de la directiva y la elección de nuevos miembros en por asamblea legítima de la asociación. Lejos de ello, sin previo aviso e intensificando la ofensiva, han cambiado el cerrojo del local al final del pasado curso. Desde Ikasle Abertzaleak, hemos querido solucionar el problema con madurez, la actual directiva falsa ha recibido dos veces la invitación para acudir a la asamblea legítima de la asociación para poder aclarar las cosas, pero nada, en ningún momento han demostrado voluntad alguna de solucionar nada. Hablar de robo, por consiguiente, no es ninguna hipérbole. Hemos demostrado una y otra vez que la legitimidad de utilizar la sede de la calle Ronda la tiene Ikasle Abertzaleak. Los demás argumentos pseudo-historicistas, justificaciones torpes e intentos oportunistas de deslegitimación no tienen ningún valor.

Justamente, en vez de limitarme a explicar de nuevo la cuestión de la egoitza, en este artículo querría analizar esos intentos de deslegitimación. No sólo su contenido; me parece interesante analizar también la forma que toman dichas acciones. Con la situación de la sede se ha presentado de nuevo la cuestión de las acciones contra el movimiento socialista vasco, pero es desde luego algo que viene desde mucho antes. Además, el análisis de esos ataques es especialmente pertinente para nuestro ámbito, el de la cultura, ya que nos presenta la necesidad de analizar la actividad de las redes sociales, la utilización política del humor y la cultura posmoderna, en general.

La posmodernidad no puede ser entendida de ninguna manera como una cuestión meramente artística o estética, sino que hay que entenderla, como bien

señaló Fredric Jameson, como la lógica cultural del capitalismo tardío. Está claro que tiene implicaciones y aplicaciones artísticas, pero sobre todo influye en nuestras subjetividades, en nuestros modos de vida, en las relaciones sociales. Se asocian con la posmodernidad, entre otras cosas, lo efímero y la desintegración de lo colectivo, la sobrecarga de información y la impotencia política. Es necesario entender también las redes sociales desde esa óptica. No son herramientas neutras: Twitter no es el ágora de nuestros tiempos, Facebook no es la plaza del pueblo llevada a las redes, Instagram no es un álbum de fotos digital. Las redes sociales son, al fin y al cabo, una manifestación del desarrollo técnico de los *mass media* del capitalismo posmoderno. Es decir: están diseñadas según las necesidades que hoy en día tiene el Capital. Es decir: su configuración técnica determina objetivamente toda expresión que pueda surgir de ellas. Los memes, gifs y, en general, todo el humor *millennial* que se ha desarrollado en las redes durante la última década no son más que expresiones posmodernistas: son formas que se pueden reproducir fácilmente y que tienen como características el humor simplón, el placer ultra-rápido y el entretenimiento banal. Un gif nunca tendrá la complejidad de un poema, el humor de un meme no llegará a la profundidad a la que llega el humor de un *bertso*. Dicho todo esto, creo que es entendible dudar sobre la utilización política que puedan tener esas nuevas expresiones culturales.

No en vano he mencionado al principio del artículo las acciones con el objetivo de deslegitimar el movimiento socialista, pues ya hace tiempo que algunas de esas acciones llegan en forma de humor *millennial*: memes, videomontajes y demás. A raíz de lo sucedido con la sede de la calle Ronda, por ejemplo, se pueden mencionar varios comportamientos de ese tipo: responder con gifs a contenidos serios en las redes sociales, fotomontajes al estilo meme, incluso (aunque uno se avergüence hasta de mencionarlo) responder a pancartas determinadamente puestas en nuestras ciudades con otras pancartas con chistes absurdos. No seré yo quien niegue el valor político del humor: estoy de acuerdo con aquella vieja idea de que el humor hay que tomárselo en serio y opino que ha sido una herramienta efectiva para avergonzar al adversario y para aclarar los recovecos de la realidad. Sin embargo, creo que cuando no está rodeado por madurez y seriedad política, ese tipo de humor no vale más que los vídeos de gatitos en YouTube.

Lo de la egoitza es un tema serio: está en juego uno de los muy pocos espacios propios de los que disponemos y hemos actuado con la responsabilidad y la seriedad que requería la situación. Es significativo que casi solamente hayamos tenido un humor torpe como respuesta. Esa actividad en las redes sociales y ese humor banal responden al proyecto político clasemedianista tan bien caracterizada por Manex Gurrutxaga en sus dos últimos artículos: se priorizan el sensacionalismo y la performance antes que el debate político y la responsabilidad sobre los hechos concretos. No es posible debatir con gifs, los videomontajes no valen como argumento. Cuando no hay contenido político serio, como han demostrado en el caso de la egoitza, el humor y la banalidad no pueden ocupar el lugar de ese contenido. Un fotomontaje estúpido o una pancarta que dice "pesaus" (*¡sic!*) no tienen contenido político como tales, solo tienen la forma y un objetivo perverso. En esos aspectos, no son tan diferentes de los ataques anteriormente sufridos por el movimiento socialista, porque quemar una pancarta o la deslegitimación de militantes a través del boicot social igualmente buscan evadir la realidad concreta, en vez de responder con responsabilidad a la situación. Es decir, fundamentalmente, el único contenido

que podemos sacar de esas acciones reaccionarias es tanto el de la decadencia de la cultura política como el del anticomunismo. Un anticomunismo *millennial*: nombre tan ridículo como las acciones que lo definen.

Lo que está claro es que esos que se creen más listos y más graciosillos que nadie, no consiguen otra cosa que hacer el imbécil. Queriendo ridiculizar y deslegitimar al movimiento socialista, solo ellos quedan en ridículo y solo ponen en duda su propio proyecto político. Al fin y al cabo, es esto último lo que queda en evidencia una vez más: la carencia de un programa político serio. Nosotras, en cambio, seguimos haciendo nuestro camino. Necesitarán más que humor *millennial* y ataques reaccionarios para obstaculizar a un movimiento socialista vasco cada vez más fuerte.